

# EL DESTINO DE LA OBRA Y LA VIDA DE HERNÁNDEZ

Por J.E.- Campillo y M.V. Cuevas

Comenzaba el año de 1580. Se inauguraba el año con el fallecimiento del anciano Cardenal Enrique, recién estrenado rey de Portugal, lo que convertía a Felipe II en el principal heredero a la corona portuguesa. Aunque los nobles y los altos cargos de la jerarquía eclesiástica lusitana, reunidos en Cortes en Almeirín aceptaron a Felipe II como rey de Portugal, algunos sectores populares se oponían. La guerra parecía inevitable. Felipe II volvió a llamar al ya anciano Duque de Alba, para que se hiciera cargo de las tropas como Capitán General.

Felipe II sabía que se avecinaba una guerra que podía durar años y antes de partir para ocuparse de esta empresa, que le mantendría apartado de Madrid largo tiempo, quiso dejar zanjados aquellos asuntos pendientes que necesitaban una rápida solución. Y entre estos, estaba lo referente a la publicación de la obra de Hernández y sus investigaciones americanas.

Hernández continuaba atareado en redactar el resumen de su obra con la lentitud que su maltrecha salud le imponía. Vivía con comodidad gracias al nombramiento de Médico de la Casa Real. Su hija mayor había contraído matrimonio y su hija pequeña, se ocupaba de cuidarle. Su hijo Juan ejercía de médico en Madrid y se encargaba de administrar los bienes familiares. Por aquel entonces Hernández apenas iniciaba el libro segundo del resumen de su obra, el dedicado a las "yerbas", que debía tener cincuenta y ocho capítulos, y en el que entre otras, hablaba del picietl o tabaco.

El rey, asesorado por sus consejeros y obligado por las circunstancias, tomó una decisión drástica respecto a la obra de su protomédico. Ahora más que nunca resultaba imposible emprender la publicación de toda la obra completa con sus más de dos mil láminas de plantas en colores. La impresión de los bellos dibujos exigiría contratar artistas que fueran capaces de trasladar en madera el dibujo de cada una de las plantas. Ese trabajo no se podía realizar en España; cualquier impresión de una cierta calidad había que hacerla en el extranjero. Y además una obra de la magnitud de la de Hernández supondría un gasto enorme, sin contar con el tiempo necesario para su realización.

Pero los consejeros reales, entre ellos Francisco Valles, insistían en que la obra de Hernández, entre tanta descripción botánica, contenía valiosos datos respecto a las propiedades médicas de las plantas de Nueva España. Es de imaginar que cuando recurrieron a Hernández para ver el estado de elaboración

del resumen encargado años atrás, enseguida advirtieron los asesores del rey, que el protomédico sería incapaz de culminar la labor prevista, en primer lugar porque su estado de salud no le permitía realizar un trabajo constante y laborioso, y en segundo lugar porque comprendieron que el propio padre de la obra, a quien había costado tantos sacrificios y renunciaciones, no era la persona más adecuada para llevar a cabo la cruel poda exigida.

Dada la insistencia de Felipe II, que no deseaba dejar tales asuntos pendientes antes de partir para Portugal, la situación se resolvió recurriendo a un médico napolitano llamado Nardo Antonio Recchi. Éste había llegado a Madrid con el grupo de expertos encargados de las destilaciones de las plantas para obtener medicinas en los laboratorios de El Escorial. El 21 de febrero de 1580, Felipe II designó a Recchi, Médico de Cámara con un encargo muy concreto: "... con obligación de ejercer el oficio de simplicista, haciendo plantar y cultivar hierbas medicinales en los jardines reales". Hasta aquí es lo que correspondía a la razón por la que había venido a Madrid. Pero la orden real añadía que también entre sus ocupaciones estaba la de "Ver, concertar y poner en orden lo que trajo escrito de Nueva España el Dr. Francisco Hernández". Finalmente, la tercera de las misiones que se le asignó a Recchi fue la de "...advertir y enseñar a los otros médicos de lo concerniente a esta facultad (las plantas medicinales) por la necesidad que había de ello, así como también de cuidar y ver lo correspondiente a las destilaciones buscando hierbas a propósito para su objeto".

Hernández, al enterarse de tal nombramiento, recibió un golpe definitivo en su amor propio, al ver que de su obra, del sacrificio de toda su vida, de las enfermedades e incomodidades padecidas, sólo iba a quedar un resumen elaborado por un napolitano que jamás pisó tierras americanas, ni pateó sus selvas y sus cerros, ni vio las plantas que en su obra se describen, ni habló con los médicos indígenas, ni le contaron los secretos acerca de las propiedades de esas plantas y sus formas de administración, ni arriesgó su vida comprobando sobre sí mismo las pretendidas virtudes de tales hierbas.

Apartado definitivamente de cualquier responsabilidad respecto a la publicación de su obra, que pasaba a manos de Recchi, Hernández, muy enfermo, continuó visitando, cuando sus achaques se lo permitían, la biblioteca de Juan de Herrera, en donde reposaban, a buen recaudo, las copias de toda su obra que él tuvo el buen criterio y la prudencia de realizar.